



NICARAGUA

DE OCÉANO A OCÉANO

Ephraim George Squier

CINCO SEMBLANZAS DE SQUIER



E.G. Squier en 1849, poco antes de su primera visita a Nicaragua.

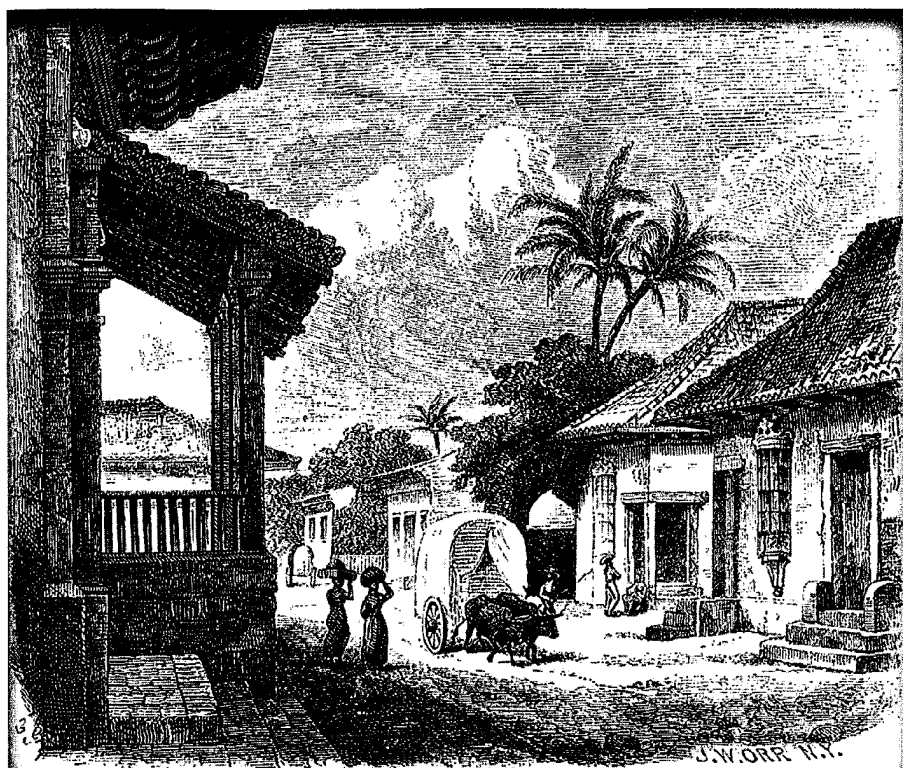
Ephraim George Squier (1821–1888)

Nacido en el pueblo de Bethlehem, Nueva York, solamente completó su educación primaria pero fue un autodidacta formidable, destacándose como periodista, ingeniero, diplomático, antropólogo, historiador, arqueólogo, cartógrafo y experto en asuntos hispanoamericanos.

En 1849, el joven Squier fue nombrado octavo *chargé d'affaires* en Centroamérica, estableciéndose en Nicaragua, país que exploró durante su estadía de un año. En 1852 publica *Nicaragua; su gente, paisajes, monumentos y el proyectado canal interoceánico*. En 1853 visita Centroamérica por segunda vez, interesado en la construcción de un ferrocarril a través de Honduras. En 1858 publica *Los Estados de Centro América*.

Desde 1861 se dedicó al periodismo. En 1863 es nombrado Comisionado al Perú, donde pasó tres años. En 1868 ejerció el cargo de Cónsul General de Honduras en New York. En 1871 ayudó a organizar la Sociedad Antropológica Norteamericana. En 1877 publica *Perú; Incidentes durante un Viaje y Exploraciones en la Tierra de los Incas*. Muere en 1888, a la edad de 67 años.

NICARAGUA DE OCÉANO A OCÉANO CINCO SEMBLANZAS DE SQUIER



Colección Cultural de Centro América
Serie Viajeros no. 7

Nicaragua de océano a océano

Ephraim George Squier

Cinco semblanzas de Squier

Francisco Xavier Aguirre Sacasa

Jaime Incer Barquero

Jorge Eduardo Arellano

Jimmy Avilés Avilés

Ligia Madrigal Mendieta

Colección Cultural de Centro América
Serie Viajeros no. 7

2005



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

N
911.09
S773

Squier, Ephraim George

Nicaragua de océano a océano : cinco semblanzas de Squier / Ephraim George Squier; Jaime Incer Barquero... [et. al.]

– 1ª, ed. – Managua : Fundación Uno, 2005.

324 p. : il., retrs. – (Colección Cultural de Centro América. Serie Viajeros; no. 7)

ISBN: 99924-53-36-2

1. SQUIER, EPHRAIM GEORGE – RELATOS PERSONALES
2. SQUIER, EPHRAIM GEORGE – VIDA Y OBRA
3. NICARAGUA – DESCUBRIMIENTO Y EXPLORACIONES

©2005 Colección Cultural de Centro América

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

inFORMA (Managua, Nicaragua) • informa@ideay.net.ni

TRADUCCIÓN

Luciano Cuadra Waters, Lillian Levy Guevara

REVISIÓN

Jaime Incer Barquero, Jorge A. Fiedler, Helia María Robles

AGRADECIMIENTOS

Al Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica (IHNCA) por la digitalización de las imágenes de *Nicaragua; its People, Scenery, Monuments, Resources, Condition, and proposed Canal*; New York: Harper & Brothers, 1860.

A la Sra. Lilliam Orué, viuda del pintor Cipriano Orué por el retrato al óleo de E.G. Squier (p.93).

Al Lic. Jaime Chamorro Cardenal por el dibujo al carboncillo de su antepasado, don Fruto Chamorro (p.218).

DIGITALIZACIÓN Y RETOQUE DE IMÁGENES

IHNCA, inFORMA, Miguel Selva

IMPRESIÓN

Imprelibros S.A.

PRINTED IN COLOMBIA



Colección Cultural de Centro América

El *Fondo de Promoción Cultural del Banco de América* editó en calidad y en cantidad la mejor colección de obras arqueológicas e históricas, literarias y artísticas que se haya publicado en Nicaragua. Quedó interrumpida la colección cuando el gobierno nacionalizó los bancos. Al instaurarse de nuevo la democracia y la economía de mercado, **Grupo Financiero Uno**, contando con miembros del anterior *Consejo Asesor del Fondo de Promoción Cultural* y con nuevos elementos de gran valor se propone no sólo reanudar la colección interrumpida, sino centroamericanizar su proyecto, haciendo accesibles al lector de las repúblicas del istmo, aquellos libros que definen, sustentan y fortalecen nuestra identidad.

Esta labor editorial que facilitará la enseñanza y la difusión de nuestra cultura en escuelas, institutos, centros culturales y universidades, producirá simultánea y necesariamente una mayor unidad en la cultura del istmo; unidad cultural que es el mejor y más poderoso cimiento del Mercomún y de cualquier otra vinculación política o socioeconómica de la familia de repúblicas centroamericanas.

Este es un momento histórico único del acontecer del Continente: todas las fuerzas tienden a la formación de bloques regionales, pero la base y motor de esas comunidades de naciones es la religión, la lengua y las culturas compartidas.

Grupo Financiero Uno quiere ser factor activo en esa corriente con la publicación de la *Colección Cultural de Centro América*.

Pablo Antonio Cuadra



Consejo Asesor *Colección Cultural de Centro América*

La *Colección Cultural de Centro América*, para desempeñar sus funciones, está formada por un Consejo Asesor que se dedicará a establecer y vigilar el cumplimiento de las políticas directivas y operativas del Fondo.

MIEMBROS

Dr. Francisco X. Aguirre-Sacasa
Dr. Emilio Álvarez Montalván
Ing. Adolfo Argüello Lacayo
Dr. Alejandro Bolaños Geyer
Dr. Arturo Cruz Sequeira
Don Pablo Antonio Cuadra (1912–2002)
Dr. Ernesto Fernández–Holmann
Dr. Jaime Incer Barquero
Dr. Francisco J. Laínez
Ing. René Morales Carazo
Lic. Ramiro Ortiz M.
Dr. Gilberto Perezalonso
Ing. Ricardo Poma
Lic. Sergio Raskosky Holmann
Lic. Marcela Sevilla-Sacasa
Lic. Pedro Xavier Solís
Arq. José Francisco Terán

MIEMBROS HONORARIOS

Lic. Jorge Canahuati
Rev. Manuel Ignacio Pérez-Alonso



Presentación

Los escritos de Ephraim George Squier sobre Centroamérica en general y Nicaragua en particular, publicados a mitad del siglo XIX, son considerados como clásicos por sus aportes pioneros al estudio de la geografía, la historia y la cultura de nuestros países, en una época cuando diversos viajeros, dotados de gran curiosidad y espíritu de observación, recorrieron la región, con ojos y mentes abiertas, dando a conocer situaciones novedosas a los lectores de habla anglosajona, muchas de las cuales eran entonces ignoradas o subestimadas por los mismos habitantes del istmo.

Luego de publicar la clásica obra *Nicaragua, Sus Gentes, Paisajes y Monumentos*, como resultado de su estadía y misión diplomática ejercida en el país entre 1849 y 1850, Squier regresó cuatro años después, atravesando el territorio de costa a costa, y teniendo como destino final Honduras, donde volcó su interés en la posibilidad de construir un ferrocarril interoceánico a través del continente.

En “Nicaragua, una Exploración de Océano a Océano,” Squier describe un nuevo itinerario y renovada aventura tras anteriores rutas, repasando viejas amistades y refiriendo nuevas anécdotas al paso, pero conservando siempre el estilo elegante y florido que lo reveló no sólo como un acucioso observador, sino también como un elegante y culto escritor.

La narración se refiere al segundo viaje de Squier a Nicaragua, el cual tuvo lugar en los meses de marzo y abril de 1853. Fue publicada en dos partes en *Harper's New Monthly Magazine*, una famosa revista newyorkina, en octubre y noviembre de 1855, al mismo tiempo que el filibustero William Walker invadía Nicaragua, subyugando al país que pocos años antes había sido descrito, elogiado y promovido por el célebre diplomático y viajero como una tierra de gran providencia.

No obstante algunas frustraciones en su devenir histórico, Nicaragua posee “gentes, paisajes y recursos” —para usar las palabras de Squier— capaces de asegurarle un futuro halagüeño, tal como lo soñara el pundonoroso escritor en aquel entonces.

El presente libro ha sido complementado con cinco ensayos, o semblanzas, escritos por autores nicaragüenses que estudiaron a Squier como viajero, diplomático, arqueólogo y costumbrista, dentro del entorno social y político de la Nicaragua de mediados del siglo XIX, tratando de descubrir, a la luz de sus observaciones y comentarios, las varias personalidades de este pródigo viajero y siempre leído escritor.

Ernesto Fernández-Holmann

PRESIDENTE

COLECCIÓN CULTURAL DE CENTRO AMÉRICA • GRUPO FINANCIERO UNO

VIII



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS
FUNDACIÓN
www.enriquebolanos.org

Índice

NICARAGUA DE OCÉANO A OCÉANO

- Introducción XI
Jaime Incer Barquero
- Nicaragua de océano a océano 3
Ephraim George Squier

CINCO SEMBLANZAS DE SQUIER

- El embajador erudito 93
Francisco Xavier Aguirre Sacasa
- Squier, el viajero y el explorador 107
Jaime Incer Barquero
- Ephraim George Squier, 138
el arqueólogo
Jorge Eduardo Arellano
- Ephraim George Squier, 161
costumbres nicaragüenses
Jimmy Avilés Avilés
- Ephraim George Squier, un enfoque 198
histórico de mentalidades
Ligia Madrigal Mendieta

APÉNDICE

- Nicaragua: an exploration 227
from ocean to ocean
Ephraim George Squier
(texto original en inglés)



EPHRAIM GEORGE SQUIER OBRA Y LEGADO

INTRODUCCIÓN

UNO DE LOS VIAJEROS y narradores del siglo antepasado que más contribuyó al conocimiento del patrimonio histórico, natural y cultural de Centroamérica, y en especial de Nicaragua, fue el diplomático norteamericano Ephraim George Squier.

Personaje polifacético, escritor erudito, autor, periodista, abogado e ingeniero; embajador y promotor de proyectos transístmicos, además de explorador de nuestra geografía y escudriñador de la historia, investigador de aborígenes, arqueólogo, etnólogo y lingüista, Squier nos legó una gran riqueza de conocimientos patrios, a través de sus abundantes escritos, ilustraciones y mapas, como ningún otro extranjero o viajero ocasional por Nicaragua lo había logrado antes, ni lo lograría después.

Nacido en 1821 en Bethlehem, estado de New York, apenas contaba con 28 años de edad cuando fue nombrado por el presidente Zachary Taylor como Encargado de Negocios en Centroamérica. Era la intención del nuevo gobierno promocionar

los intereses norteamericanos en la región, anteponiéndolos a las pretensiones hegemónicas que Inglaterra venía ejerciendo en el área, al ocupar el vacío que dejara sobre estas provincias el régimen colonial español, a menos de tres décadas de haber desaparecido.

En efecto, ninguno de los doce Encargados de Negocios que le habían precedido hicieron tanto como el joven diplomático para dar a conocer la importante posición estratégica de los países del istmo, como posible opción para construir a su través una ruta interoceánica, como tampoco ninguno de los anteriores jugó un rol tan decisivo en las confrontadas relaciones que entonces existían entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña, país éste cuya influencia sobre la región caribeña del istmo ninguna otra nación parecía disputar.

Fue el nombramiento de Squier el primero en ser confirmado para un cargo diplomático en la recién inaugurada administración del general Taylor. En consecuencia, pocos meses después, en junio de 1849, arribaba a San Juan del Norte, puerto que había sido recién capturado por los ingleses, quienes le cambiaron el nombre por *Greytown*. Remontó el río San Juan, bogó por el lago de Nicaragua, desembarcó en Granada para luego marchar a León a presentar credenciales ante el Jefe de Estado, Norberto Ramírez.

Un año antes de su nombramiento el joven Squier se había dado a conocer por sus serios escritos arqueológicos sobre las excavaciones de ciertos montículos indígenas en el valle del Mississippi. Sus descubrimientos motivaron a influyentes amigos en el nuevo gobierno para solicitar un puesto diplomático a favor del joven arqueólogo, quien estaba muy interesado en realizar investigaciones en Centroamérica.

Su preferencia fue motivada por los hallazgos arqueológicos realizados en el istmo por el explorador John Lloyd Stephens, uno de sus antecesores en el cargo. Diez años antes Stephens había descubierto, descrito y dibujado los primeros templos de la desaparecida cultura maya, cuyas ruinas yacían ocultas entre

las selvas de Honduras, Guatemala y el Lacandón.

Para suerte de Stephens, destacado a Guatemala en 1838, la misión diplomática a él encomendada no pudo completarse, porque en aquel año la Federación de las Repúblicas Unidas de América Central se desintegró y en lugar de un solo país habían nacido cinco estados independientes. Dije para suerte porque, al no encontrar autoridad suprema ante quien presentar sus credenciales, Stephens se dedicó a explorar el territorio hasta dar con las ruinas de Copán, entonces desconocidas en el extranjero.

El interés de Squier de ejercer su encomienda diplomática en Guatemala, para seguir las huellas de su antecesor, se vio sin embargo desviado por el Secretario de Estado, John Clayton, quien escogió a Nicaragua como destino para aquella misión. No era para menos el reto que tenía que enfrentar el novato y brioso diplomático: en esos días centenares de conciudadanos se embarcaban con rumbo a este país para cruzar el istmo, atraídos por la fiebre del oro recién descubierto en las sierras de California.

En efecto, en aquellos días Nicaragua abría sus puertas como un país tentador para establecer, a través de su territorio, una ruta interoceánica, en cuya empresa la inversión norteamericana podría involucrarse. Además, estaba latente el reto de Inglaterra, que con la toma de San Juan del Norte manifestaba claras intenciones para controlar la entrada de aquella posible ruta. Pocos años habían trascurrido desde que Francisco Morazán, presidente de la antigua Federación, había contratado al ingeniero inglés John Baily para medir la ruta y estudiar la opción de cortar el istmo de Rivas, tratando de facilitar la comunicación de un mar a otro, utilizando el río San Juan y el Lago de Nicaragua como corredores acuáticos intermedios. El interés de Inglaterra por la ruta era tan reconocido como evidente.

Al confirmar a Squier como nuevo Encargado de Negocios en Centroamérica, el secretario Clayton también reconoció que el joven diplomático había estudiado ingeniería civil, lo cual lo capacitaba aún más para opinar en el terreno de los hechos

sobre la factibilidad de construir un canal por Nicaragua.

Squier puso tal empeño en su misión que apenas a dos meses de su arribo al país había conseguido un contrato, mediante el cual el gobierno de Nicaragua autorizaba a la *Atlantic and Pacific Ship-Canal Corporation* para abrir una ruta interoceánica a través de su territorio. De mayor importancia para los intereses políticos de la Unión fue la mediación de Squier para que el pequeño Estado se acogiera a la protección de los Estados Unidos, garantizar la soberanía de Nicaragua sobre el proyectado canal y lograr el propósito de restar fuerza a las pretensiones inglesas sobre la ruta.

Para entonces eran conocidas las maquinaciones del cónsul inglés en Honduras, Frederick Chatfield, por cuyas intrigas los ingleses habían ocupado el puerto de San Juan del Norte, aduciendo respaldo a las demandas de los indios miskitos y como parte de su política proteccionista al fingido Reino de la Mosquitia —*the Miskito Kingdom*— como llamaban los ingleses a la Costa Caribe de Honduras y Nicaragua. Por otro lado, Chatfield alentaba al gobierno de Costa Rica para que se opusiese al contrato, aduciendo que la ruta canalera proyectada en Nicaragua lesionaba supuestos derechos territoriales de la vecina del sur.

El cónsul fue aún más lejos para contrarrestar las gestiones de Squier en el istmo. Promovió la toma de la isla del Tigre por un buque de guerra británico, pretextando la falta de pago de ciertos adeudos que el gobierno de Honduras tenía pendientes con algunos inversionistas ingleses. Pero la razón de esta desmedida intervención parecía ser motivada para estorbar el paso de Nicaragua, en el supuesto caso que el proyectado canal requiriese de una eventual salida por el golfo de Fonseca.

En relación con el incidente, Squier tuvo que viajar a Honduras en apoyo al Jefe de Estado Francisco Ferrer. Firmó con él un protocolo mediante el cual Honduras también solicitaba la protección de los Estados Unidos para asegurar su soberanía sobre la isla intervenida en el golfo de Fonseca.

A decir verdad, ni Squier ni Chatfield estaban autorizados,

por sus respectivos gobiernos, para acometer iniciativas tan confrontadas en Centroamérica. La situación hubiera empeorado, si ambas naciones no conviniesen en firmar en Washington el Tratado Clayton-Bulwer en abril de 1850 que puso punto final a la rivalidad entre el Tío Sam y John Bull en sus disputas en el istmo.

Nicaragua se benefició de este tratado al renunciar ambas potencias a ejercer soberanía sobre la ruta proyectada. Posteriormente, los Estados Unidos también influyeron para que Inglaterra declinara en su pretensión de controlar la costa caribe y seguir reconociendo al ficticio *Miskito Kingdom*, que pasó a constituirse en una Reserva Indígena. El Rey Mosco ya no sería considerado como un monarca, sino como el Jefe Indio o *Chief* de la Reserva propuesta, título con el cual tuvo que conformarse como premio de consolación.

De vacaciones a su país, luego de un año de ejercer su intensa labor diplomática en Nicaragua, supo Squier, al desembarcar en New York, sobre la repentina muerte del Presidente Taylor. Sus esfuerzos para que el nuevo presidente Fillmore lo reconfirmara en su cargo, para poder regresar a Nicaragua, fueron inútiles, por considerar el nuevo Secretario de Estado, Daniel Webster, que la política agresiva exhibida por Squier dañaba las relaciones con la Gran Bretaña, por lo cual su misión diplomática se dio por cancelada.

Squier, sin embargo, no se quedó tranquilo. Entre 1850 y 1853 se dedicó a escribir sus experiencias en Centroamérica. Así fue que en 1852 salió a luz su obra *Nicaragua; su gente, paisajes, monumentos y el proyectado canal interoceánico*. El libro no es la simple narrativa de un viajero. El argumento de la obra supo combinar a discreción el tema diplomático con encantadoras descripciones de un país aldeano, lleno de bellezas naturales, riquezas arqueológicas, sin descuidar referencias a las costumbres solariegas de nuestros bisabuelos, buenos por cándidos y honestos. Tampoco olvidó Squier incluir un apéndice sobre la proyectada ruta canalera, una de las razones por las cuales había sido enviado a Nicaragua.

Fue tal la versatilidad de su producción literaria que Squier se documentó exhaustiva y fielmente para publicar una curiosa obra novelada que denominó *Waikna*, en la cual empleó el seudónimo de Samuel Bard. El libro se refiere a una supuesta aventura por la Costa Atlántica de Nicaragua. Esta vez, Squier narra situaciones basadas posiblemente en experiencias de otros viajeros que habían recorrido dicho litoral con anterioridad. Las acuciosas descripciones sobre los lugares visitados y circunstancias etnohistóricas observadas son tan reales que muchos aún creen que fue el mismo Squier testigo presencial de todo lo que escribió sobre dicha Costa.

Era su propósito al publicar este libro no sólo llamar la atención sobre las riquezas naturales de la costa caribe de Nicaragua, sino también ridiculizar al gobierno miskito, presentándolo como una fantochada invención de los ingleses.

Squier regresó a Nicaragua en el verano de 1853, aunque de manera no oficial y por su propia iniciativa, tal como se infiere al leer el artículo "Nicaragua: an exploration from ocean to ocean," que posteriormente publicara en el *Harper's New Monthly Magazine*, (octubre y noviembre de 1855), donde entre otras nuevas observaciones se refiere a su ascensión a la cumbre montañosa del volcán Mombacho, cuyo gigantesco cráter dibujó con gran fidelidad desde aquella altura.

En verdad, entre abril y mayo de 1853, Squier se encontraba en Honduras, esta vez volcando su interés en la posibilidad de construir una ruta ferroviaria interoceánica, ("canal seco" lo llaman ahora), que conectara el puerto de Omoa, sobre el mar Caribe, con el golfo de Fonseca. En esa ocasión se entrevistó con el presidente hondureño Cabañas y de paso visitó las ruinas de Copán, exploró algunos yacimientos minerales y descubrió ciertos objetos arqueológicos en el valle de Comayagua.

Fue su propósito esta vez interesar a Cabañas en un empréstito con ciertos banqueros newyorkinos, dispuestos a financiar el proyecto ferroviario transistmico. Sin embargo, los inversionistas no lograron colocar todas las acciones necesarias para acometer la

ambiciosa empresa, lo cual obligó a Squier a viajar a Europa para explorar otras posibilidades en las bolsas de París y Londres.

Squier permaneció en Europa haciendo gestiones a favor del proyecto hondureño entre junio de 1855 y mayo de 1857. En ese lapso se produjo en Nicaragua la invasión filibustera de William Walker. Es posible que Squier mirara con simpatía la facilidad de gestión y posibilidad de inversión que se le abrían en Nicaragua. Sin embargo, como buen diplomático y observador a distancia, se cuidó de comentar sobre esos acontecimientos y externar su parecer, como tampoco se refirió en sus escritos posteriores a ese hecho tan impactante en la historia nicaragüense, como fue la Guerra Nacional contra el filibustero.

A causa del fracaso de su misión como gestor empresarial de proyectos transísmicos, después de varios años de fútiles intentos, no fue sino hasta 1860 cuando Squier volvió sus ojos a la riqueza arqueológica de Centroamérica. Sus visitas frecuentes a las bibliotecas de París y Londres, a las cuales sus exploraciones previas en Nicaragua y Honduras tenían mucho que aportar, le motivó a reunir cuanta información sobre el tema tuvo a su alcance. Fue recopilando la biblioteca privada más completa en materia de historia y antropología de Centroamérica.

Con su notable erudición y reconocida autoridad en los temas centroamericanos, Squier practicó el periodismo a partir de 1861 y sus artículos aparecieron en el diario newyorkino *Frank Leslie's Illustrated Newspaper*.

Igualmente importantes fueron sus estudios sobre las lenguas nativas de los habitantes centroamericanos. Su incansable versatilidad también lo llevó a publicar una clasificación de las fibras de América, con la intención de promover en los Estados Unidos las industrias de hilados y cordeles, usando materias primas importadas de los países tropicales.

Más tarde, todos sus escritos, folletos, mapas, proyectos y correspondencia sobre el istmo fueron adquiridos por el historiador Hubert Bancroft, como las mejores fuentes autorizadas que sirvieron a éste para incorporar Centroamérica a su monu-

mental *Historia Universal*. Una buena parte de esos valiosos documentos aún yacen engavetados en la Biblioteca Bancroft de la Universidad de California, en Berkeley, quizás en espera de algún bibliógrafo nicaragüense interesado en interpretarlos o sacarlos a luz para conocer separadamente al Squier diplomático, al Squier explorador, al Squier arqueólogo, al Squier historiador, al Squier lingüista, o al Squier emprendedor.

Los años de la guerra civil de los Estados Unidos (1861–65) los pasó Squier en el Perú, como comisionado especial para estudiar ciertos reclamos, oportunidad que lo llevó a conocer y estudiar los monumentos incaicos y preparar un nuevo libro sobre sus exploraciones andinas. En 1867 ejerció el cargo de cónsul de Honduras en New York, lo cual le permitió escribir un libro sobre Honduras y ampliar el tema regional para una nueva edición de su libro *The States of Central America*.

La labor literaria y periodística de Squier continuó por los siguientes años, hasta 1874, cuando sufrió el más grande revés de su vida. Su amada esposa lo abandonó y no pudo soportar esta soledad. Su dinamismo y lucidez comenzaron a declinar a partir de entonces. Poco a poco su mente empezó a desvariar hasta degenerar en obcecada locura, de la cual no se recuperó jamás. Su muerte acaeció en 1888, a la edad de 67 años.

Tomaría más tiempo y reflexión exponer toda la riqueza de conocimientos varios que aporta el libro de Squier sobre Nicaragua, obra que muchos ya conocen y admiran a través de sus capítulos, de los cuales se disfruta gracias a la esmerada, engalanada, elocuente e insuperable traducción al castellano, pero rebosante de nicaraguanismos, que hiciera de ella don Luciano Cuadra Vega con gran devoción, hace unos treinta años, por encargo de EDUCA, la Editorial Universitaria Centroamericana.

Squier supo entrelazar magistralmente diversos temas en bien hilvanados capítulos, cuyas últimos párrafos dejan siempre al diletante ávido de más lectura. Muestra su confidente dominio en cada tema, al tratar asuntos tan serios como anecdóticos. Destaca paisajes en los más atractivos términos, al extremo

de despertar éxtasis en lugar de temor; tal sucede cuando narra la furia eruptiva de nuestros volcanes; o la inspirante expansión de nuestros lagos, cuyas ondas a veces se revuelcan como las del mar. Provoca una veneración cuasi ancestral al describir las estatuas precolombinas, por cierto impávidas y frías, y logra entrever una juvenil picardía al comentar algunos hábitos sociales de nuestros paisanos.

Quizá sea suficiente comentar su prodigalidad literaria, sin rebuscamientos, con que adorna cada narración, respaldada por una erudición que da validez a todo lo que afirma, así trate de describir un esplendente paisaje, un misterioso monumento o una modesta vivienda.

Desde aquellas borradas crónicas de Gonzalo Fernández de Oviedo en el siglo xvi, nadie había vuelto a describir con tanta admiración y colorido la escondida belleza de nuestros paisajes. Tal es, y sirva como muestra, la observación de Squier sobre las impenetrables selvas que se levantaban junto a las riberas del río San Juan, acerca de las cuales nos dice:

Las palmas frondosas se mezclan con otras variedades de árboles y los bejucos que los festonaban caían sobre el agua. Pájaros de quiméricos plumajes vislumbrábanse entre el follaje, las garzas y otras aves acuáticas caminaban con noble señorío en la arenosa orilla, o volaban majestuosamente sobre el río.

El paisaje volcánico, al cual admirara por vez primera en su vida, se le reveló en toda su majestuosidad:

No hay en todo el continente americano, ni quizás en el mundo entero, una extensión de tierra igual a Centroamérica que, como ésta, contenga tantos volcanes en actividad o apagados, ni que presente tantos vestigios de convulsiones plutónicas.

Cupo a Squier la insólita suerte de atestiguar el nacimiento de un nuevo cono —el que hoy llamamos Cerro Negro— de cuyos primeros ardientes baluceos dio testimonio, fenómeno tan raro que solamente tres casos de surgimiento volcánico han sido reportados en todo el continente americano en los últimos 500 años, como brotados de la llanura misma.

Los efectos de la gran explosión del Cosigüina, según las referencias de los que experimentaron tan portentoso fenómeno, 15 años antes de su estadía en Nicaragua, fueron recogidos por Squier en su libro. Hoy forman valioso testimonio, de gran importancia histórica y geológica, para explicar el desarrollo de la espectacular erupción. Intentó escalar el volcán Momotombo y habría alcanzado la cumbre si ésta no hubiese estado tan caldeada por los ardores de un sol cenital.

Squier intercala en su narración pasajes donde se refiere a la presencia de grupos indígenas, la existencia de antiguas lenguas y costumbres; los conquistadores españoles y sus aventuras, intentando en varios capítulos informar a los lectores, nicaragüenses y extranjeros, sobre los procesos históricos más relevantes del país. Basta recordar que antes de 1850 la historia de Nicaragua era casi desconocida en el país. Un reducido número de sus habitantes sabía leer. Pocos tenían acceso a las narraciones que dejaron los cronistas y los frailes en el pasado, o las que rescataron los escribanos que se interesaron en referir los acontecimientos más recientes de la nación.

Entendido como era Squier en hallazgos arqueológicos; el descubrimiento de 19 estatuas precolombinas en las isla de Zapatera y otras en Momotombito, debieron haber rebasado sus expectativas y colmado su curiosidad, a tal grado que sus rústicos ayudantes no se explicaban cómo un hombre, de una nación tan civilizada, podía dedicar tanto tiempo para examinar y dibujar unos cuantos *ídolos*, que además de toscos estaban deformados por la intemperie, o mutilados por el celo evangélico de misioneros fanáticos.

Era Squier tan buen narrador como acucioso observador.

Nada escapaba del escrutinio de sus ojos, por modesto que fuera el escenario, tanto que creemos que detrás de su pluma se escondía la imaginación de un gran novelista. Veamos lo que dice de un hogar nicaragüense de aquella época:

La casa del comandante, como casi todas las demás del puerto de San Carlos, tenía sólida armazón de madera; sus paredes eran de caña, el techo de paja y el piso de tierra. Unas palomas amoroseaban en un hueco del alero; una gallina ponedora empollaba sus huevos baja una mesita esquinera de la sala, y por la abertura de un biombo de tela que dividía el cuarto entrevimos una cama acicalada, con blanquísimo pabellón, y un brillante petate en el suelo sobre el cual una joven, pimpante y voluptuosa, alzaba en sus brazos juguetonamente a un bebé desnudo, de unos seis meses, que reía con gozo, en tato que un desmañado perrito saltaba en torno al niño ladrando asmáticamente, feliz con el retozo.

La sencilla rusticidad y pastoril vida de nuestros pueblos es ensalzada cuando descubre a Nindirí:

¡Cómo describirte, lindo Nindirí!, anidado bajo la fragante techumbre del eterno verdor de árboles tropicales. El nombre musical que te dieron tanto tiempo ha, quizás cuando Roma era aún joven, no ha perdido nada de su melodía: Nindi, 'agua', Diría, 'montaña', nos dice todavía en una lengua arcaica y casi olvidada, ya que dormiría ahora, como antaño, entre el agua y la montaña —para luego continuar— ...las indias, sentadas bajos los árboles de los patios, desnudas hasta la cintura, hilan sus níveos copos de algodón o sus moños de cabuya... Sosegado y primitivo Nindirí, sede de legendarios caciques y de sus barbáricas cortes. Vuela mi recuerdo hacia ti, como una dulce visión nocturna ¡oh, Nindirí!, arcadia de ensueño, pueblito hijo de la fantasía.

Las anécdotas sobre la vida de los nicaragüenses fueron partes muy sazonadas de su narración:

El Padre Catín tenía una sobrina, (de verdad, ¡oh escépticos!), que con su madre ocupaba una parte de la casa separada de él y sobre quien, por ser sumamente bella, ejercía la más estricta vigilancia. Para que lo supieran los enamorados, juraba que tiraría al primero que osara entrar en su casa, y en apoyo de ello mantenía cargado un chopo viejo. El Padre es hombre de palabra, y la amenaza es por tanto efectiva; los donjuanes se mantienen a distancia.

Es fácil descubrir, a través de las lecturas de Squier, el gran acervo intelectual de este hombre singular que, sin desatender sus obligaciones diplomáticas, encontró siempre tiempo y lugar para conocer como ningún otro viajero de aquella época un país cuyo candor y naturalidad ahora deseáramos gozar. Su legado a Nicaragua está siempre presente, no obstante sigue en gran parte desconocido, salvo para los cultores e investigadores de esos pasados tiempos.

En resumen: Ephraim George Squier cumplió con lo que se propuso al iniciar el primer párrafo de su interesante libro, para luego desarrollar una narración a como él quiso que fuera:

Una imagen global, y creo que en general fiel, sobre el Estado o República de Nicaragua, así como de la idiosincrasia y características de sus habitantes, tal como se ofrecen a la vista de un viajero sin extremados prejuicios, sano y jovial, y dispuesto además a ver con ojo fresco a los hombres y las cosas.

Jaime Incer Barquero

PRESIDENTE

ACADEMIA DE GEOGRAFÍA E HISTORIA DE NICARAGUA